

UNA VISIÓN SEMIÓTICA/SEMIOLÓGICA DE “EL INVIERNO DE GUNTER”

OSCAR BOUBÉE



Ponencia presentada en el marco del “III Simposio Internacional de Humanidades” organizado por la Universidad del Norte, del 7 al 10 de agosto de 2012.



Al ser invitado a participar en este prestigioso simposio, luego de agradecer gustoso, me pregunté ¿Qué puedo aportar yo sobre este tema, cuando tantos intelectuales de primer nivel ya han dicho todo lo que se me puede ocurrir al respecto?

La semiótica de Peirce y la semiología de Saussure se definen, ambas, como teorías acerca de los signos.

La semiótica o semiología es la teoría general de los sistemas de signos. Y un signo, es un objeto o evento presente que está en lugar de otro objeto o evento ausente, en virtud de un cierto código. La lengua es un sistema de signos. Esto, pocos más, pocos menos, lo sabemos todos. Dejo al gusto del consumidor, el uso de una u otra palabra.

Ya leí varias veces *El invierno de Gunter*. Cada lectura me ha revelado una faceta distinta. Como si fuese un diamante face-

tado. O una imagen distinta. Como si se tratase de un caleidoscopio.

Como con Juan Manuel Marcos somos de la misma generación, me quedé con lo de las imágenes caleidoscópicas, tan propias de nuestros juegos infantiles de entonces, tan internalizadas en nuestra concepción literaria y filosófica de nuestras tempranas juventudes.

Si bien la propuesta era echar una mirada semiótica, haré una finta para esquivar el estricto mundo semiótico o semiológico para, desde una postura de mayor complicidad con el autor, referirme al juego de las palabras más allá de sus evidentes significados estrictos.

Cuando Ferdinand de Saussure afirmaba que el lenguaje sirve para comunicarse, sostenía una verdad no excluyente de otras concurrentes y, en algunos casos, contrarias o contradictorias.

El lenguaje sirve para comunicarnos. ¿Quiénes? ¿Con quién?

Nunca hablé de esto con Juan Manuel Marcos, pero estoy seguro de que en la infancia y en la adolescencia, jugaba con anagramas, crucigramas, acrósticos, calambures... Somos de los cazadores de jitanjáforas, lipogramas, oxímorones y retruécanos... Fabricantes de tantanes y tautogramas, transitamos las palabras mucho más allá de la comunicación universal, si es que tal cosa existe.

El lenguaje sirve para comunicarnos. ¿Quiénes? ¿Con quién?

Una primera comunicación nos vincula con quienes entienden la cáscara; reconocen el código evidente; arman el concepto a partir de las primeras señales.

El psicólogo Albert Mehrabian, actualmente profesor emérito en UCLA, llevó a cabo experimentos sobre actitudes y sentimientos y encontró que en ciertas situaciones en que la comunicación verbal es altamente ambigua, solo el 7% de la

información se atribuye a las palabras, mientras que el 38% se atribuye a la voz (entonación, proyección, resonancia, tono, etc.) y el 55% al lenguaje corporal (gestos, posturas, movimiento de los ojos, respiración, etc.) Tiempo después, el mismo Mehrabian dijo que era un poco exagerado, y le atribuyó a la palabra algo así como el 35%. En una sociedad en la que la lectura brilla por su ausencia, casi podríamos decir que es lo mismo al referirnos a la comunicación verbal y a la oral.

Esa falta de hábito en el manejo de las palabras, puede llevarnos a concluir que hay un importante número de personas que solo entiende lo primero que la palabra significa sin proyectarse a otras interpretaciones de las palabras dichas. Una suerte de infantilismo comunicacional que llevaría a suponer que no hay árabes en la playa al escuchar que no hay moros en la costa. Siempre que entiendan que los moros son los árabes, claro.

El lenguaje sirve para comunicarnos. Sí, claro. Pero también sirve para jugar, crear, crecer, hacer guiños tramposos a los interlocutores, en este caso, asociarse con los lectores recreando los juegos del decir más allá de las condiciones del señalar.

Cuando Marcos nos dice

“En esa claridad de aguamarina ingrátida, en el trasluz jovial de la mañana, mariposas y lámparas conmemoran aladas el rocío y el sol, la vida, el aire. Inmensa en la ebriedad estelar de los nardos, quisiera ser un grillo violinista, una impaciente armónica de húmedas pupilas, un madrigal furtivo, ahí, en sus vísperas. Los almendros, los pinos, el zafiro temprano, los arrullos, la brisa, los destellos, un ciempiés momentáneo, la cigarra afanosa, le deslumbran, debaten en su sangre”.¹

nos advierte que *El invierno de Gunter* no será una novela normal. Es decir, una novela común. Un simple relato. A mí me sonó a advertencia. “*Mirá, a partir de ahora, te vas a encon-*

trar con poesía encubierta, con el sutil sabor gourmet de la palabra". Y, más sibarita que gourmand, transité página a página buscando las exquisiteces, las delikatessen subyacentes en el relato de la historia. Trascendiendo la historia.

Así fue que dejó de ser la mía una mirada semiológica, para convertirse en una especie de gula por las palabras. Ya no es cuestión de comunicación universal, sino de guiños, juegos, complicidades...

Seguimos avanzando hasta cuando nos dice:

"Del dintel de una pesada puerta de cedro labrado cuelga una marchita rama de muérdago. Cuando ella la cierra tras de sí, tintinean enfermos sus vidrios esmerilados. Tira los libros sobre una consola de bronce turbio. Sus pies enmudecen en una alfombra persa que extiende sus años bajo una araña llorosa, arañada de telarañas".²

Entonces, la aliteración y la anáfora invitan a jugar con las arañas.

Casi en cada página encuentro algo de qué hablar, pero la tiranía del tiempo y el respeto por los demás expositores y el público asistente, me convocan a administrar con medida mis interpretaciones o descubrimientos lúdicos de la obra.

Salto casi cien páginas, y me encuentro a Juan Manuel Marcos haciéndole describir a Alberto al infame Larraín.

"Alberto, sentado silencioso al otro lado de la ostentosa mesa de ébano, observó esa ramplona barriga inflada, ese espeso cuero sombrío, ese rechoncho cuello de de puerco, la vileza cerril de aquel hocico, el untuoso ritual de aquel bufón, es belfo infecto y vesánico cuyas viciosas comisuras ampolladas aterrorizaban leporinas ese fétido morro pervertido y acerbo como carroñoso sepulcro arrinconado o pestilente albañal sofocado de flotantes ratas destripadas y heces sanguinolentas en aquel rictus inhumano donde hedían y babeaban la estupidez, la fealdad, la brutalidad, la lascivia y la codicia. Contempló esa grasienta papada de sarnoso batra-

cio, las reventadas verrugas ceniza, la bubosa y lívida viruela, las rascadas costras supurantes. Imaginó esos cariadados colmillos de foca agusanada, esas uñas de buitre cansino, esa blenorragia de húsar o dragón, artillero o matón, brigadier de papel, mameluco raso. Aborreció ese bigote cobarde y pederasta en adúlteros harapos lúbricos, esos labios amaratados y lazarinos salivosos de burdel, ese resuello rijoso y concupiscente de sátiro de matadero, esas cavernosas pupilas miopes y venosas, la crueldad y el cubil de esos mucosos párpados, el odio animal de su mirada, su lujuriosa presbicia de carcamal, el carbón de rapiña de su lágrima senil”.³

¡Un festival de metáforas y metonimias! ¡Un despliegue magnífico de imágenes ineludibles!

Otro manjar expuesto en una de las partes más conmovedoras y descriptivas de la obra, es cuando el inspector Zumaya le pregunta a Verónica “¿Quién carajo es usted?” y ella responde:

“Agonía limón, tristeza unánime, nostalgia solidaria, agua sombría, soledad cotidiana, lluvia escondida, alegría fugaz, cristal herido, júbilo traicionado, amor cautivo, alegría plural, libre costumbre, silencio confidencial, beso urgente, aventura sin límites, gruta del sueño, aciago desamparo, hueco del grito, insomnio vespéral, piel infinita, silueta sin broquel, lámpara impune, licor salvaje, alondra en la mañana, orilla del coraje, camino oscuro, amargo girasol, tregua furtiva, deseo y cereal, perfil anónimo, palabra transparente, centella pura, levedad del recuero, fuego inerme, fulgor casual y roto, pupila y ala, penumbra puntual, peligro eléctrico, pétalo de la sangre, nácar celeste, eco de la ternura, aroma íntimo, pausa fluvial y hierba, conducta sin baluarte, azar remiso y húmedo, negación del infecto, rincón temprano, dócil, mansa erosión, cintura de la nieve, espléndida ceniza, cachorro del diamante, muda y mundial así contra el flagrante, el perverso, el tardío,

el opaco. Aliviar, amanecer, clarear, arder, permitir, perdonar, resistir, seducir, tejer, restituir. Rehusar”.⁴

¡El oxímoron llevado al grado doctoral! Y el verbo devenido en sustantivo: Verónica no es la que brinda alivio, ni quien da la transparente claridad del amanecer. Ella es aliviar, amanecer, clarear... ¡El onto metafísico del verbo!

Sigo en la historia. Avanzo. Me encuentro, me reencuentro, con el querido e inolvidable Livio (Abramo), con el amigo Mito (Guillermo Sequera) y, volteando las páginas, encuentro uno de los poemas encubiertos más hermosos, sutiles y esplendorosos. No se enuncia al dicente y, al no adjudicar previamente la palabra, esta se universaliza, se busca con quien encaja, uno se pregunta quién la dice... y se infiere al autor, a la autora dolida en la mazmorra, esperando su metamorfosis a jaguar.

“Empiezo por el amor, que es decir nada, palabra inmóvil y furtiva, columna de Ceres y delfín ciego, desde altos abismos columpiándose. El mar se retira y me convoca en luminosos caminos de guerras taciturnas y ebrias. Vinieras desde lo alto, fulgúrea página circular de mi cuaderno, viva roca dormida, cascabel, sombra lenta y de pronto amaneciendo”.⁵

No podría concluir esta exposición sin referirme, en las mismas palabras del autor, a uno de los aspectos de mayor coincidencia en nuestras respectivas verdades conceptuales. En esta frase se sintetiza el espíritu pedagógico que compartimos y que, ojalá, se universalice:

“Educar la mente en la paradoja, no en la certidumbre”.⁶

Y, como última referencia, entiendo imprescindible citar uno de los poemas que integran el acervo poético y cultural del país, instalado, con música de Carlos Noguera, en el universo del canto trascendente y testimonio ineluctable del cancionero contestatario:

“Hazme un sitio a tu lado paralelo al recuerdo, largo como un horizonte encendido de anhelos, tibio como una caricia de

tus manos secretas, mío como el gorjeo torrencial de tu pelo. Hazme sitio a tu lado donde acostar mi pelo, refugio del color, amparo del combate, donde olvide a los muertos: toda mi angosta historia y mis heridas, la picana y las armas, la espiral del deseo y toda una cordillera de memorias. Hazme un sitio a tu lado para estar a tu lado y junto a ti mirar con la misma mirada, junto a ti desangrarnos desde las mismas venas y modelar la patria con armas populares: una misma revancha para los mismos sueños. Hazme un sitio en tu lecho donde cabe mis angustia, hazme un sitio en tu alma donde guardar mis besos, yo quiero hacer de ti un pájaro o un canto, y a veces decirte que te amo”.⁷

Permítaseme, ahora, escapar un instante del marco estricto del tema inicialmente referido, para reflexionar en conjunto sobre el poder de las palabras.

No existe la palabra inocua, no en su concepción semiótica, sino en su consecuencia incidental.

Toda palabra afecta. Y he aquí la mayor responsabilidad del escritor. Porque en la comunicación oral, la complementación fónica o acústica, y los gestos, en los casos en que lo visual se suma a la palabra y su tono, la palabra tiene atenuantes o agravantes, según los casos, pero siempre es más efímera. Más volátiles que volubles, siempre a expensas de ser llevadas por el viento, como dice el dicho.

Pero la palabra escrita queda. Es una afección crónica. Recurrente, repitiente, renuente a renunciar, reiterativa...

El invierno de Gunter se inserta, con sobrados méritos, en la biblioteca de las grandes obras de la literatura universal. Por la calidad indiscutible de su riqueza literaria y porque nos permite transitar, y disfrutar, una y otra y otra vez, el territorio inconmensurable de las palabras.



OSCAR BOUBÉE NACIÓ EN BAHÍA BLANCA, ARGENTINA, EL 4 DE agosto de 1951. A poco de cumplir su primer año de vida, su familia se trasladó a la ciudad de Azul, a 300 km de la ciudad de Buenos Aires. Fue allí donde, con 14 años de edad, se incorporó al *Diario El Tiempo*, recorriendo, en poco tiempo, el camino formativo desde cadete aprendiz a columnista. En Azul se recibió de Maestro en la Escuela Normal, e inició sus estudios en Ciencias de la Educación simultáneamente al Profesorado de Lengua y Literatura. Fue también en esa ciudad donde comenzó su actividad como locutor en LU10 Radio Azul, decana de la radiofonía en la Pcia. de Buenos Aires. A principios de los '70 se estableció en Buenos Aires donde, entre otras actividades, concluyó sus estudios de Dirección Teatral en la Escuela de Arte Escénico. En 1984 se estableció en Asunción, Paraguay, como Socio Director de Núcleo S.R.L., agencia publicitaria. Desde entonces, ha sido director, redactor creativo y asesor (actual) de importantes agencias nacionales e internacionales. A partir de 1989, se lo conoce como conductor de programas de radio vinculados con la actividad cultural y la música erudita. Desde 2004 conduce el programa "La Biblioteca" en FM Concert. Ejerce la docencia en la Universidad del Norte, en las carreras de Periodismo y Publicidad.



1. J. M. Marcos. El invierno de Gunter. (Asunción, Criterio Ediciones, Segunda edición, 2009) 51.
2. Op. Cit. 66
3. Op. Cit. 155
4. Op. Cit. 172
5. Op. Cit. 195
6. Op. Cit. 235
7. Ibid.